El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII.

DIARIO DE LA NOCHE.

NÚMERO 7794.

PRECIOS DE SUSCRICION.

CARTAGENA.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 7.50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—Corresponsales en París para anuncios y reclamos, Mr. A. LONNETTE, rue Caumartin, 61.—JOHN F. JONES 3, bis rue du Faubourg-Montmartre.—En Londres, 166 Fleet Street E. C.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador.—D. EMILIO GARRIDO LÓPEZ.

Números sueltos 15 céntimos.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS, 4.

JURVES 10 DE NOVIEMBRE DE 1887.

NORTHERN ASSURANCE COMPANY

COMPANIA INGLESA

de Seguros sobre la vida y Contra incendios.

ESTABLECIDA EL AÑO 1836

SITUACION FINANCIERA (1886.)

Capital suscrito	L 3.000.000 ó sean pts. 75.000.000
• pagado	• 300.000 • • 7.500.000
Fondos acumulados	• 3.297.000 • • 82.425.000
Resto líquida de incendios	• 582.000 • • 14.550.000
• • • vidas	• 274.000 • • 6.850.000
• de los intereses	• 124.500 • • 3.112.500

Para toda clase de informes, diríjase á los Agentes para la provincia

Stes. Heywoods y O'Charlson,

PLAZA DE SANTA CATALINA.

CARTAGENA

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

II

Conquistado ya el país, los romanos trajeron la máscara de mansedumbre que al principio habían mostrado y trataron á los españoles con mucha dureza, no procurando los pretores que venían á España otra cosa más que esquilmar al pueblo todo lo que podían para llevarse cuantiosas riquezas del suelo, y cometiendo actos de incalificable crueldad y barbarie, citando solo uno de ellos por ser de los más atroces y por ser pertinente al presente trabajo. Gobernaba la Lusitania el Pretor Galba y fingiéndose conmovido de los males que aquejaban á los lusitanos, dijo que estaba pronto á remediar sus necesidades, para lo que les daría tierras de cultivo con objeto de que se dedicasen tranquilamente á la agricultura, creyeron de buena fé los lusitanos, más apenas se habían establecido en los sitios que les señaló, cayó sobre ellos con inaudita alevosía y los degolló á casi todos y los que cogió prisioneros los vendió por esclavos, siendo muy pocos los que se salvaron de tan terrible matanza, pero los suficientes para pregonar la traición por todo el país y acabar de hacer execrable el nombre romano.

Entre los pocos lusitanos que lograron escapar de la horrible matanza, ordenada por el Pretor Galba existía un hombre de grandes cualidades físicas y morales, y de humildísimo origen; ese hombre era Viriato.

Al derramarse por todo el país él y sus compañeros, los que habían escapado á esa matanza, pregonaron por todo el país, aquel hecho ignominioso, moviendo á la vez á sus paisanos á tomar venganza, no ya de aquel pretor, si

no de Roma entera, que consentía y obraba hechos semejantes; pronto estas predicaciones encontraron eco en el ánimo de aquellas gentes y se reunieron los lusitanos en número de diez mil, proclamando como jefe de todos ellos á Viriato.

Innumerables hechos gloriosos llevó á cabo Viriato, é innumerables derrotas hizo sufrir al enemigo, hasta el punto de que un proconsul romano (Fabio Máximo Emiliano) emplease con él la misma táctica que otro Fabio Máximo había empleado en Italia para vencer á Anibal, que ha estado reconocido siempre como uno de los primeros generales del mundo.

El último pretor, con quien peleó Viriato, fué Serviliano el que habiendo sitiado una ciudad donde se encontraba Viriato, este pasó de noche y sin ser visto, la tierra sitiadora y les acometió de repente obligándoles á huir y habiéndolos perseguido y hecho que se internasen en un desfiladero de garganta estrecha y sin salida, los sitió y mostrándose magnánimo les brindó con la paz que el consul aceptó enseguida, no esperando conducta tan magnánima de un hombre á quien tanto daño habían hecho los romanos.

El Senado romano ratificó la paz concertada por Serviliano y se firmó un tratado por el que los romanos conservaban todo lo adquirido pero comprometiéndose á no pasar más adelante y habria paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato, es decir, un tratado que es la glorificación mayor que se puede hacer de un hombre, pues se ve al pueblo romano que era el pueblo más grande y orgulloso que existía, pueblo que entre otras hazañas, llevaba la de haber vencido y aniquilado á los Cartagineses que eran un pueblo formidable; y sin embargo vienen á ajustar un tratado de paz y amistad, con un simple pastor elevado á general por una serie de circunstancias providenciales. Este es el destino de los pueblos tener que humillar la cerviz ante un grano de arena cuando las montañas no se la han hecho humillar.

Ajustado el tratado que queda hecho mención, Viriato se retiró á descansar de las fatigas y penalidades de la guerra, confiando en que el Senado romano no le incomodaría ya más y respetaría el tratado que habían ajustado. Pero el Senado romano, estaba muy envilecido y acostumbrado á violar la fé jurada y al nombrar para pretor de la España, Ulterior á Quinto Servilio Cepión hermano de Fabio, el mismo que había ajustado el tratado, propuso al Senado el rompimiento de hostilidades contra Viriato, fundándose en que era ignominiosa para Roma aquella paz, el Senado que indudablemente deseaba romper aquella tregua pero que no se atrevía, por que aun le quedaba un resto de dig-

inidad se alegró indudablemente de aquella proposición de Cepión y le autorizó para que hiciese de nuevo la guerra á Viriato. Vino Cepión á España y de improviso se arrojó sobre Viriato, este aunque desprevenido y con los auxilios de algunos celtiberos acometió á Cepión y le obligó á retirarse. Decidió entonces el pretor deshacerse de Viriato por cualquier medio que pudiese hacerlo y aprovechando la llegada á su campamento de tres embajadores que Viriato le mandase para recordarle el tratado que tenía ajustado con Roma, Cepión sobornó á los embajadores los que se comprometieron á dar muerte á Viriato mediante una recompensa que Cepión, en nombre de Roma les ofrecía; llegados los emisarios al campamento de Viriato, entraron en la tienda cuando estaba dormido y le asesinaron alevosamente. Así pereció aquel gran hombre que había hecho temblar al gran pueblo romano y lo había vencido y humillado. Cuando los asesinos de Viriato se presentaron ante el Senado á pedir la recompensa el Senado los contestó que no premiaba traidores. A Cepión se le negaron los honores del triunfo. Así acabó aquella guerra que llenó de ignominia á Roma y de gloria á Viriato, hasta el punto de haber adquirido la inmortalidad y haber merecido se le coloque en el número de los héroes.

Terminada la guerra con Viriato, los romanos volvieron los ojos á Numancia. Numancia era una ciudad de la tribu de los pelendones á poco más de una legua de la moderna Soria y en el término que al presente comprende el pueblo de Garray en un repecho de no muy agria subida pero de dificultosa entrada en razón á los montes que la rodean por tres partes; solamente por un lado tenía una llanura que se extiende por las márgenes del Tera, río que va á mezclar sus aguas con el Duero. Dentro de las débiles tapias que guarnecen la ciudad había una especie de ciudadela, donde en tiempo de guerra solía recojerse la gente armada y además solían guardar los ciudadanos sus alhajas y dinero. Esta ciudad había ajustado una paz con el consul Marcelo por cuya razón Roma respetaba su independencia. Durante la guerra con Viriato cuando se sujetaron todos los pueblos de Celtiberia, Numancia, fué respetada como ciudad independiente, limitándose únicamente los numantinos á dar asilo á los celtiberos partidarios de Viriato. Terminada la guerra Lusitana, Quinto Pompeyo Rufo hizoles cargo á los numantinos por esta conducta, exigiéndoles la entrega de los celtiberos que dentro de sus muros había; á esto respondió Numancia que no podía entregar á los fugitivos y que esperaba de Roma que guardara la fé de los tratados; Pompeyo le contestó. «Roma no trata con sus enemigos sino después de desarmados.» Esta contestación irritan-

do como no podía menos á los numantinos fué la señal de guerra.

Reunieron los numantinos sus fuerzas que formaban un total de 8.000 hombres, nombraron general á un ciudadano llamado Megara; Pompeyo se acampó cerca de la ciudad con un ejército de más de 30.000 hombres posesionándose de las alturas vecinas (140) Pompeyo que tenía de su parte un ejército numeroso intentó muchas veces atraer á los numantinos á una batalla campal pero estos adoptaron un sistema de defensa que consistía en hacer algunas salidas y empeñar combates parciales de los que siempre sacaban algunas ventajas y cuando veían que el ejército romano levantaba banderas se refugiaban dentro de la ciudad, donde nunca se acercaban impunemente los romanos. Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra suspendió el sitio de Numancia y fué sobre Termes que distaba unas 9 leguas de la primera.

Termes tan poco se dejó subyugar y por el contrario, haciendo los termesinos una salida impetuosa obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos senderos, en donde perecieron despoñados muchos soldados, teniendo el ejército que pasar la noche sobre las armas; al día siguiente repitió su ataque contra la ciudad sin recoger tampoco fruto alguno, dirigióse entonces á Manlia que se le entregó sin dificultad, corrióse á la Edetania donde deshizo algunas partidas de sublevados y volvió con todo su ejército sobre Numancia. Quedaba por conseguirse Numancia solo para resistir á todo el poder romano.

Queriendo apretar el sitio y vencer á los numantinos por hambre, para lo que intentó variar el curso del Duero, pero los numantinos supieron hacer resistir á los que se ocupaban de esta obra. Llegando á este el invierno y no acostumbrados los romanos á la temperatura que allí reinaba sucumbían muchos, efecto de las nieves y por otra parte habiendo sabido Pompeyo de haber sido nombrado para sucederle M. Pompilio Lena ó Lenate; (138) antes de entregarle el Gobierno quiso ajustar unas paces con los numantinos habiendo tenido buen cuidado de no firmarlas sobretesto de hallarse enfermo, y sometida á la aprobación del Senado aquella paz, este detuvo la guerra. Se dirigió Pompeyo primeramente contra los lusitanos que no pudo vencer; habiendo vuelto el año siguiente (138) sobre Numancia y cumpliendo las órdenes de Roma intentó un asalto en la ciudad: cuando ya estaban puestas las escaleras sobre el muro tuvo á bien retirarse por hacersele sospechoso que no se oyera en la ciudad ni una voz ni el más pequeño ruido; al retirarse de la ciudad, salieron los numantinos é hicieron sufrir á los ro-